

Apuntes profanos

CRISTÓBAL BORRERO DELIS



Apuntes profanos

*Párrafos erráticos y malquerientes de un goliardo
compilados y ordenados numéricamente por Brendo Doulas*

(TRILOGÍA DE CONTRADIGOS, VOLUMEN I)

I

«Tanto es lo demás como lo de menos». Tomar estas palabras de Tirso de Molina como ardid para evitar los enredos de la memoria sería una forma inteligente de engañarse —aunque fuera una fullería excusable— que, en rigor, aliviaría de los errores vistos con perspectiva. Trabajábamos mucho como aprendices en nuestra colonia; queríamos estar al mismo instante con la mente en el distrito que correspondía según nuestras obligaciones y según nuestras apetencias, pero no deseábamos estar orientados en sentido único (porque la aspiración no era ser esclavos de una rutina lineal) y no desperdiciar la orientación hacia otros puntos cardinales. Creíamos estar en la cima de nuestras expectativas, aunque sabíamos en secreto que lo que hacíamos era escamocharnos entre mediocridades y banalidades, y como no queríamos evitar el vértigo, codiciábamos en secreto estar en todos los escenarios posibles. Desconocíamos que la no elección es una elección por sí misma. De igual manera nos ocurría con la gente. Procurábamos no quedarnos solo al lado de una persona, ser únicamente de esa alma, porque la ambición de completarnos se cumpliría si nos quedábamos con todas a la vez, ser de muchas corduras, de compañeros por decenas, de amigos por un quíntuplo de aquellos, seducir la belleza que nos rondaba y nos atraía por doquier para ver bien correspondida nuestra sexualidad insaciable. Ninguna elección era suficientemente valiosa ni defi-

nitiva en aquella ambición por ser testigo en plenitud. Fuimos volátiles, desarraigados, apátridas que crecían en sus inquebrantables sueños. Y sí, nos desperdiciábamos irremediabilmente en aquel adiestramiento de inmadurez sin reglar de antes del de ahora.

II

Solo por la vista, por la luz, y por la imprevisión de que se cruzará en tu camino alguien que merezca la pena, vale pensar en vivir. *A causa de esto, ni son buenos los buenos, ni son malos los malos, ni es vida la vida, ni es muerte la muerte. Así cada individuo será devuelto a su propio origen desde el principio*¹.

Solo eres el centro de ti mismo. Pero desengáñate, porque el centro no eres tú, sino que son ellos, todos aquellos que se hayan cruzado en tu camino y hayan dejado en ti una huella de humanidad.

En qué quedamos pues: ¿somos un error de la Naturaleza, o la Naturaleza es sabia?

¹ N. B.: Las frases en cursiva —que aparecen insertadas en los textos sin llamada y sin nota a pie de página— son citas literales, no conectadas ni secuenciadas narrativamente entre sí, de los evangelios coptos datados en 70 d. C., encontrados en 1945 en la ciudad egipcia de Nag Hammadi, estudiados por el Dr. Thomas Paterson Brown, agrupados bajo el título —tanto en el original como en español— de *Metalogos*, 2009.

III

Una forma de convertirse en un prójimo informado y culto sería resignarse y adaptarse a la propia ignorancia. Si se acepta la que se te ha ido amalgamando durante tantas tiradas, esa toma de conciencia iría creando lentas necesidades por saber; pero tiene sus inconvenientes, pues como si de vasos comunicantes se tratara, poco a poco parte del conocimiento se iría llenando de la inopia trasvasada de la incultura, aliviándola paulatinamente del mismo modo que la tosquedad estaría depositando sedimentos importantes de su instrucción en la sapiencia, y así sucesivamente hasta que, con el transcurso de los años, recelamos de si seremos ignorantes de pleno derecho.

IV

La *llenura* de vida, no la hartura, quita vida, como la oxidación por el oxígeno vital para la vida nos envejece. La *llenura* es para largo plazo, la hartura, se digiere.

Quienes dicen que primero murió y luego se levantó, se confunden. Pues primero se levantó y (luego) murió. Si alguien primero consigue la resurrección, no morirá.

¡Han sido tantas salidas, comidas y vinos con compañeros o amigos! Han sido tantas risas verbeneras, como de estar divertido de verdad, pero huecas, y en tantos días, que en el fondo resultaban ser vacuas

y amargas, como de estar descontento porque fueran por falsa alegría o porque fueran más fingidas que las de los demás. Tanta frase estúpida, pretendidamente significativa, creyéndote protagonista, el centro de atención, pero tan fuera de lugar, apartado y apático, que preferías no estar donde dominabas.

La fuerza de la juventud desoía la autocrítica. Mas los años te hacen consciente espectador de un espectáculo en que entonces eras ridiculizado por ti mismo, participando disimuladamente del fulgor de un declive constante, aunque no lo percibieras o no lo quisieras percibir cegado por la adictiva espontaneidad juvenil.

V

Nada queda y todo permanece, que no es lo mismo que el decir machadiano de «todo pasa y todo queda», pero que lo nuestro es pasar. Sí, es rotundo, por certeza innegable, que «se canta lo que se pierde».

Nadie esconderá algo de gran valor dentro de algo llamativo, pero muchas veces se han puesto (cosas que valen) miríadas sin número en algo que vale una miseria. Así es con el alma, algo precioso en un cuerpo desdeñado.

Como las nubes que vagan según sopla el viento, según orientación y según intensidad, así anhelamos ser de renovados e imprevisibles en cada nueva estación del año. Nuestra usanza, por tanto, es la suma de una serie de oportunidades ganadas, o perdidas.

VI

Un amigo es aquel por quien me remuerde la conciencia no haberle regalado nunca un libro.

¿Cuál es la gran ventaja de tener un amigo? Que siendo una propiedad se está libre de pagar impuestos patrimoniales al Estado.

Hacer bien un deshilvane y pensar que habría habido otra forma de haberlo hecho mejor es el secreto de una superación distintiva, de perdonarse de antemano los fracasos que ocasionan las infiltraciones de dejadez.

VII

Yo quiero que el producto de mi trabajo señale lo que hubo sido realizado con gran secreto, habiéndome imaginado siendo observado a escondidas por un rostro invisible, pero que me recordara el del enemigo más crítico que yo reconozca. Deberíamos tener la oportunidad, si bien fuera una sola vez, de hacer justicia a nuestra memoria.

Dos interrogantes en una sola reflexión. ¿Pienso reducir mis experiencias a los recuerdos que me gustaría no olvidar porque no son incómodos? ¿O pienso reducir mi escarmiento a los recuerdos que olvidaría por incómodos?

Para muchos decir lo que se piensa, ser crítico, o ser sincero es no importar dejar títere con cabeza: el criticar innoble de los rencorosos. *La fe recibe, el amor*

regala. De otro modo, si uno regala sin amor, no saca ningún provecho de haber dado.

Una historia de intereses creados.

VIII

Estoy aborreciéndome a fuego lento, como *continúo todavía entre los hebreos*. De momento me siento muy visto tras el mostrador, y me veo repitiéndome en exceso los gestos, las bromas, los enfados, los saludos. Incluso el último chiste que me gustó lo refiero hasta el agotamiento a cuantos visitan mi covachuela. Espero no terminar sintiéndome así en mi propia casa, ¡pobre de mí!, porque entonces no sabría a dónde iría a dar con mis huesos. Aunque en el fondo creo que quiero comprar sus voluntades aparentando que soy solo un bien inmaculado.

IX

Cuando muere alguien que hasta el último momento había sido provocador, mordaz, crítico o ácido pienso que la muerte no le sienta bien, que es un pastiche malo, una mala imitación pegada a un cuerpo equivocado. No cambiamos en realidad. Cambia nuestra disposición ante los futuros escarmientos y el trato que damos a nuestros recuerdos.

Si el mal consiente que duermas no es tanto mal, aunque hay uno malo, muy malo, que es mejor que no

te toque, pues aun dejándote dormir es el de un moribundo.

Nos enamoramos para no enfermar.

X

«En menos de lo que canta un gallo nos veremos». Poseído por la brevedad de los factores, ese momento tan fugaz del decir popular es una significación de lo eterno. Prontitud y perpetuidad son telómeros de la misma trencilla temporal. Y es por brevedad por lo que en verdad no nos compartimos más que en interés de nuestra soledad. Y es por soledad, por su compañía endogámica, por lo que en verdad nos conllevamos con los otros nada más que en envoltura, que el que se muere no es otro sino tú, aun estando absolutamente compartido. Una lección que se aprende con los primeros destellos de la luciérnaga de nuestra meninge. Por eso y por cariacontecido —en contra de una benéfica ejemplaridad social— no me gusta intimar con los conocidos de mis amigos, porque pondero que, al tratar de internarme en la cobertura de aquellos, se empastelarán los mutuos pareceres con erróneas interpretaciones, insidias infundadas y embrollos maquinados, y defraudaré a estos, que son mi provecho laboriosamente labrado. Nunca daré la talla como emancipador de amigos.